

El primer hippie del mundo

Juan Carlos Flórez Arcila*

* Historiador y Magister en Historia, Universidad Amistad de los Pueblos-Moscú. Entre sus publicaciones más recientes se encuentra: La corrupción armada. En *10 años de Transparencia por Colombia*, ed. Bernardo Gonzalez G., 133-139. Bogota: Gente Editorial Nueva Limitada, 2008; El festival urbano y el espíritu libertario de los 60. *Cartel Urbano* 24: 18-21, 2008; El chivo expiatorio que aseguró una reelección. *El Debate Político, Revista Iberoamericana de análisis político*, Año 3 No 4/5: 229-239, 2006. Actualmente se desempeña como consultor en gestión urbana. Correo electrónico: bogotaxxi@gmail.com.

¿VENDRÁN CUANDO LOS LLAMÉIS?

Vitautas Alphonsus Paulekas, un hombre de origen lituano que vivía en Los Ángeles en los años cincuenta del siglo pasado, es probablemente el primer *hippie* que existió en el mundo.

Cuando miramos las imágenes de esa ya lejana y mítica época de mediados de los sesenta, en la que surgieron los *hippies* en California, siempre aparecen las caras de jóvenes y adolescentes que, fugados muchos de ellos de sus hogares a lo largo y ancho de los Estados Unidos, huían hacia San Francisco y alrededores para evadirse del mundo de rutinas y reglas de sus padres y experimentar con el sexo, ácidos como el LSD y la ilusión de formas de vida *rupturistas* y hasta revolucionarias.

En abierto contraste con esas imágenes que los videos musicales y publicitarios han banalizado hasta la náusea, Vitautas Alphonsus Paulekas había nacido en 1910. Era entonces casi un abuelo cuando, en 1962, “empezó a bailar cada dos semanas con una banda que hacía versiones del Top Ten, Jim Doval & The Gauchos” (Miles 2003). Vitautas, Vito, era un hombre de naturaleza dionisiaca, que se dedicaba a bailar junto a su mujer Zsou, su compinche Karl Orestes Franzoni, alias “Captain Fuck”, y un grupo de treinta bailarines. Todos ellos se hacían llamar los *freaks* y presagiaban el mundo de las orgías, la vida en comunas y el ritmo desenfrenado de vida que caracterizaría al efímero universo *hippie* californiano.

Barry Miles, quien vivió la explosión *hippie* desde su librería experimental Indica, en Londres, describe así a Vito:

Llevaba el pelo peinado hacia adelante, cortado a lo beatle, y, aunque tenía un cuerpo muy juvenil, su cara surcada de arrugas y el bigote canoso revelaban su edad. Vito era una especie de gurú, que Richard Goldstein describía diciendo: “No es el sabio más expresivo, pero entra en los demás como un rayo. Sus teorías son de una lógica aplastante pero las expone con una alegría galáctica” (Miles 2003, 60).

De Karl Franzoni, su compañero de baile y juergas, dice Miles:

Tenía una lengua increíblemente larga y puntiaguda que utilizaba para disparar como un monstruo de Gila. Ves-



Fotografía 1. El Capitán Fuck



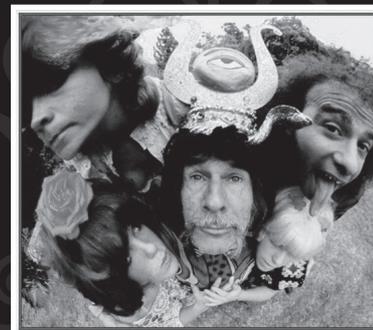
Fotografía 2. Vito



Fotografía 3. Vito y sus compinches dionisiacos



Fotografía 4. El viejo rey de hippies



Fotografía 5. Vitatautas, su mujer y el Capitán Fuck

tía mallas rojas que exageraban el tamaño de sus genitales, camisetas estridentes y una gorra con una F que se refería a Captain Fuck. Igual que Vito, era un depredador sexual, y dirigía toda su atención a las adolescentes que se dejaban ver en los conciertos (Miles 2003, 60).

En muchas ocasiones el cambio se anida, casi que dormita, en los pliegues más profundos de una sociedad. Durante décadas, y a veces durante siglos, los sistemas permanecen inalterables en su esencia. Todo el orden establecido permanece inamovible y oprime, como una pesada losa, a aquellos que no se sienten a gusto y que viven bajo el yugo de formas y contenidos asumidos rutinariamente por las mayorías. Quienes llevan en sí las semillas de transformaciones profundas, pero para las cuales aún no está preparada la sociedad, deben vivir como excéntricos, desadaptados, fracasados, marginados, aventureros sin oficio, pústulas para el resto de sus contemporáneos. Cuántos seres humanos no habrán sufrido la tragedia de no ser compatibles con la época en que les fue dado vivir. Cuántos no fueron como el profeta Juan, que pregonaba solo y a destiempo, en los desiertos del Medio Oriente hace más de dos mil años.

Para que ciertos destinos sean realizados es necesario que coincidan con la época. De lo contrario, una suerte de sino inexorable de exclusión e incompreensión acompañará al hombre o a la mujer que pertenecen a un mundo que aún no existe. A estos hombres les ocurre como a Owen Glendower en el acto III de Enrique IV de Shakespeare, quien se ufana: “Puedo llamar a los espíritus desde la vasta profundidad”, a lo que Hotspur

responde escéptico: “¡Bah!, yo también puedo y todo hombre puede; pero ¿vendrán cuando los llaméis?”. No basta entonces con que un hombre pretenda transformar la época en que vive, o darle un giro. Es necesario que desde las profundidades de ésta emerjan fuerzas prometeicas, titánicas, que permitan desafiar el poder de la rutina y la permanencia.

Vito y sus *freaks* estaban fuera de época en los años cincuenta. Probablemente, de no haber llegado el huracán dionisiaco de los sesenta del pasado siglo –con una música que estaba hecha para agitar todo el cuerpo, con ideas, ácidos y drogas que desataron toda suerte de experimentaciones y alucinaciones, con la explosión de bacanales que tuvieron lugar en unos pocos años–, los *freaks* hubieran pasado como un grupo de estafalarios vejetes. Habrían sido vistos como viejos verdes que hacen que sus coetáneos muevan la cabeza en signo de total reprobación y que llevan a que adolescentes un tanto desquiciadas se conviertan en sus bacantes.

Hoy se agitan poderosos vientos de realidad. Fuerzas prometeicas parecen a punto de desatarse en muchos lugares de nuestro frágil planeta, amenazado de muerte por la voracidad de langostas de las delirantes fuerzas del dinero. Tal vez esté llegando la hora para muchas personas que han vivido en los márgenes, no sólo porque así lo han querido, sino porque las fuerzas dominantes las han acorralado allí. Y es que en tiempos de dictadura de formas caducas, sólo en los márgenes sobrevive la realidad con su capacidad para la auténtica innovación, la audacia para experimentar y el espíritu explorador.



Fotografía 6. Vito y su mujer

Un gran aventurero llamado Thomas Edward Lawrence, afortunado que encontró durante algunos años su época, hace ya casi un siglo, y que quedó en la leyenda como Lawrence de Arabia, dejó este testimonio:

Todos los hombres sueñan.
Pero no sueñan de la misma manera.
Los que sueñan por la noche
en los secretos y polvorientos huecos de la mente
se despiertan para descubrir su total futilidad;
pero los soñadores diurnos son hombres peligrosos,
capaces de poner sus sueños en acción
con los ojos abiertos para hacerlos posibles.
(Lawrence 2000, 23)

REFERENCIAS

1. Lawrence, Thomas Edward. 2000. *Seven Pillars of Wisdom: A Triumph*. Londres: Penguin Books.
2. Miles, Barry. 2003. *Hippie, Cassell Illustrated*. Londres: Octopus Publishing Group.

